

La primera Guerra Mundial está allí. La ofensiva alemana se desarrolla en dirección al mar a unas decenas de kilómetros. Casi cada día el chiquillo asiste en la estación, que está muy cerca, a la llegada de trenes sanitarios del que bajan a heridos con miembros o cabezas vendados cuyo aspecto le espanta.

El chiquillo soy yo y estas imágenes, casi 80 años después, permanecen todavía grabadas en mi recuerdo.

¡La Guerra! Esta palabra alimentará mi juventud. Por sus imágenes, primero. Algunos años después de que la paz volviera, con ocasión de un destino profesional de mi padre, descubriré con consternación las ruinas de una ciudad pequeña completamente aniquilada. Ninguna casa subsistió.

Un poco más tarde, cuando iba a la escuela, participé en Artois, en la inauguración de un faro gigantesco erigido junto a un inmenso cementerio militar: millares de tumbas y un osario amparaban los despojos de unos 30.000 muertos. ¡La Guerra! ¡La Guerra!

En la escuela y luego en el instituto estudiaré las circunstancias de esos hechos con la mayor atención. La enseñanza me será impartida por maestros que casi todos habían participado en el conflicto y que me harán compartir el horror de la parte de su existencia pasada bajo las armas.

Las revistas de la época me traerán imágenes turbadoras de trincheras llenas de barro, de campos de batalla cubiertos de cadáveres... Un poco más tarde leeré "El Fuego, diario de una escuadra" un relato abrumador de Henri Barbusse.

Así es como, con perfecto conocimiento de causa siendo un adolescente de apenas 18 años, presentaré totalmente decidido, mi adhesión al Comité "Amsterdam-Pleyel" en favor de la Paz y contra el Fascismo, creado por iniciativa del mismo Henri Barbusse y de otro escritor famoso: Romain Rolland.

Un poco más tarde el libro de André Malraux "La Condición Humana" inspirará mis reflexiones y, poco a poco, a lo largo de mis lecturas -marxistas en su mayor parte- se irá precisando mi elección que me llevará a afiliarme al Partido Comunista Francés en 1934. En sus filas aún tomaré más consciencia de la naturaleza de la sociedad, de lo nocivo del fascismo, encarnado esencialmente por Mussolini y Hitler, pero también presente en mi propio país y en otros países europeos.

España atrae muy especialmente nuestra atención. Sigo con mucha atención el desarrollo de los sucesos que seguirán a la instauración de la República en este país. En 1935, conoceré a jóvenes refugiados asturianos que habían tenido que huir de la represión, sangrienta en algunos aspectos, que se abatía sobre su país. El Frente Popular triunfa en España en febrero de 1936 precediendo en algunas semanas a un éxito idéntico de los demócratas franceses.

La rebelión de los militares en España el 18 de julio de 1936 nos coge en plena euforia. Seguimos apasionadamente día a día, el desarrollo de los sucesos de más allá de los Pirineos y el desarrollo de la ayuda popular internacional. La instauración de la No- Intervención, a la que se unió el gobierno francés, la sentimos como una traición.